

Nosferatu. Revista de cine (Donostia Kultura)

Título:
Veredicto final

Autor/es:
Pumares, Carlos

Citar como:
Pumares, C. (2000). Veredicto final. Nosferatu. Revista de cine. (32):68-69.

Documento descargado de:
<http://hdl.handle.net/10251/41179>

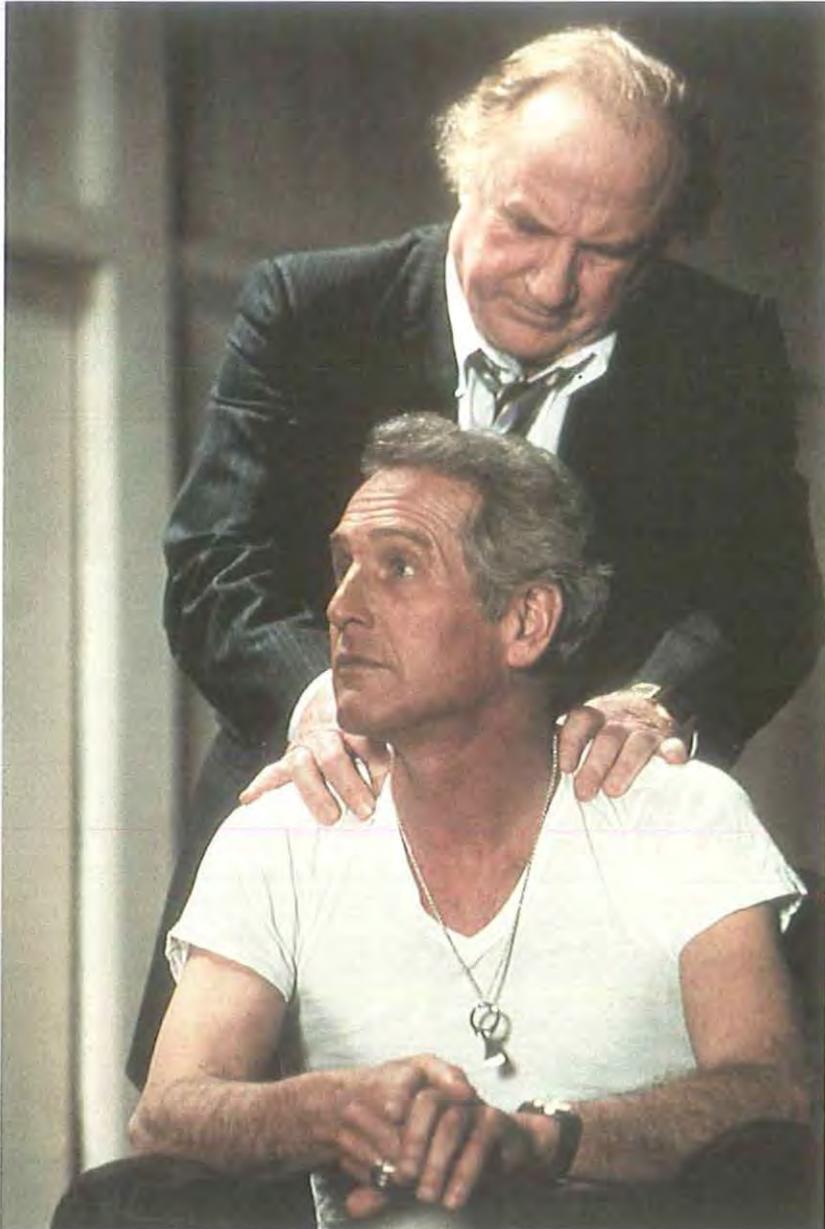
Copyright:
Reserva de todos los derechos (NO CC)

La digitalización de este artículo se enmarca dentro del proyecto "Estudio y análisis para el desarrollo de una red de conocimiento sobre estudios fílmicos a través de plataformas web 2.0", financiado por el Plan Nacional de I+D+i del Ministerio de Economía y Competitividad del Gobierno de España (código HAR2010-18648), con el apoyo de Biblioteca y Documentación Científica y del Área de Sistemas de Información y Comunicaciones (ASIC) del Vicerrectorado de las Tecnologías de la Información y de las Comunicaciones de la Universitat Politècnica de València.

Entidades colaboradoras:



donostiakultura.com



Veredicto final

Carlos Pumares

Veredicto final gaizto boteretsuaren aurka borrokatzen duen sasoi txarrean dagoen heroiares eskema tradizionala betetzen duen ohiko filma da, nahiz eta azkenean heroiak bere justizia inposatzen duen; eskema tradizional honi filmak interes handiko gaiak gaineratzen dizkio, esate baterako erakunde katoliko eta sistema judizialarekiko kritikak edo EEBBetan epaimahaia bezain garrantzitsua den erakunde batean jartzen den fedea.

¿Por qué hay chica -concretamente la Rampling- en esta película? Por la historia amorosa con el protagonista de la película, el por enésima -en esos tiempos- nominado Paul Newman, evidentemente no. No aporta nada al personaje. Está para contar la historia anterior de Newman, aunque eso se podría narrar de cualquier otra forma, pero sobre todo está para proporcionarle al héroe de la película la pista para encontrar a la enfermera de recepción del hospital que demostrará la veracidad de la reclamación. Lo curioso es que sin esta declaración el "chico" perdería el juicio y la película no daría un duro ni por el pase de una televisión autonómica. Es decir, es un flojo truco de guión, que desvaloriza a cualquier guión, pero además, para remarcar aún más el desaguisado guionístico, la "chica" tiene esa dirección por ciencia infusa. Dejando aparte este defectillo -ahí están casi todas las películas de Hitchcock y el bonito dato de que nadie escucha decir *Rosebud* a Charles Foster Kane- la película es entretenida, y nos retrae a la época del pin-ball, curiosa, crítica e incluso irónica.

Abogado hundido en alcohol y en la profesión, recibe el encargo de de-

mandar a un hospital y al médico anestesista por una negligencia que ha convertido a una chica en un vegetal. El hospital es católico y depende del arzobispado. Al ver a su cliente, el abogado se conciencia, rechaza una oferta de 210.000 dólares para no ir a juicio, con lo que se gana la animosidad de la familia de la víctima y del juez, más inclinado al poderoso abogado de los acusados que a la equidad. El testigo sorpresa traerá la victoria. La victoria será también para el protagonista rehabilitado y victorioso que se queda sin chica, que además no pintaba casi nada en la historia.



La película responde al esquema tradicional del héroe en horas bajas, que lucha contra el malo que está en connivencia con el poder, pero al final llegará el Rey Ricardo e impondrá la justicia. Es que corresponde al esquema de **Robin de los Bosques** (*The Adventures of Robin Hood*; Michael Curtiz y William Keighley, 1938), de la **Guerra de las Galaxias** (*Star Wars*; George Lucas, 1976), o de cualquier película de submarinos. Se podría decir a este respecto que en los submarinos no hay señoras, y, efectivamente, no las hay y así, **Marea Roja** (*Crimson Tide*; Tony Scott, 1995) también respondería al esquema de **Veredicto final**. Habría que aclarar que sí hay una película de submarinos con señora dentro pero no vale mucho porque era la querida del productor y, claro, la metía en todas las películas que podía. El productor era Darryl F. Zanuck, la señora Bella Darvi y la película **El Diablo de las aguas turbias** (*Hell and High Water*; Samuel Fuller, 1954).

Al esquema tradicional, en esta película se añaden una serie de temas -leves apuntes en ocasiones- sumamente interesantes e, incluso, divertidos:

- Uno de los acusados es una institución católica con la crítica implícita a una organización con

grandes dosis de hipocresía, a la que no le importa demasiado que se haya reducido a un estado vegetal a un ser humano, si se pone en duda la "integridad" de "grandes hombres".

- Se compara a médicos con abogados. Ambos colectivos aseguran hacer lo mejor, pero cuando fallan dicen que "hicieron todo lo posible".

- Desde el punto de vista del espectador español, la película es MARAVILLOSA, porque procesa a un médico por negligencia, cosa impensable e imposible aquí. Lo curioso es que vemos cómo el poder médico también molesta a los americanos.

- Crítica al sistema judicial y fe inquebrantable en la institución del jurado. El juez no es nada justo, odia al abogado y desprecia al jurado... pero el sistema perdura, el jurado ha oído la verdad, aunque por un tecnicismo no deba hacer caso de ese testimonio.

La película da envidia al espectador español por la "pasta" que se le puede sacar a un médico, nos hace reflexionar por la falacia del *establishment* americano que permite la crítica pero... es decir, el abogado pobre animado por un espíritu celestial puede con el poderoso gabinete de abogados. Imposible creer esto cuando la vida

real nos ha deparado el juicio contra O. J. Simpson. Por otra parte, estamos acostumbrados a ciertos jueces, y desconfiamos un poco de los jurados, institución máxima para los americanos y el "precedente" para los juristas de ese país. Como película de "juicios" es flojita. El numerito de elección de jurado es breve y el juicio sólo discreto aunque el resumen final del abogado defensor sencillamente muy pobretón y falta una cierta apoteosis final con la cifra que le van a sacar a los curas.

La película entretiene, probablemente por la amalgama de cosas, por el clima de los distintos ambientes y personajes, y por la interpretación, sin Paul Newman no sería la misma. James Mason, magnífico como siempre, nos hace recordar con una lagrimita de nostalgia que allí en Zenda abrazaba a Jane Greer y peleaba a sable magistralmente contra Stewart Granger y, en cambio aquí, la artritis le lleva por la calle de la amargura, para disimularla.